ANATOMÍA DE LA LENGUA

Historias, curiosidades y porqués del idioma

Un proyecto de

VOX

Dirección editorial
Jordi Induráin Pons

Coordinación de la obra
Sofía Acebo García

Redacción
Elena Álvarez Mellado

Redacción Epílogo lampante
Eduardo Basterrechea Molina

Redacción del prólogo
Jose A. Pérez Ledo

Corrección
Pilar Comín y Laura del Barrio

Dibujos
Francisco Javier Rojas (págs. 25 y 34)
Nil Vendrell (págs. 55, 74, 82, 121, 125, 149, 151, 153, 185, 197 y 213)

Diseño de cubierta, maquetación y preimpresión
Víctor Gomollón

Primera edición: 2016
© Langmenow, S. L.
© LAROUSSE EDITORIAL. S. L.
Mallorca, 45, 2.ª planta
08029 Barcelona
Telf.: 93 241 35 05
vox@vox.es
www.vox.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagiaren, reprodujeren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

ISBN:978-84-9974-213-7
DL: B-8922-2016
1E1I

Del sol y del lenguaje

Una vez me preguntaron por qué me dedico a dirigir programas de divulgación científica. Respondí de una manera ciertamente poco educada pero, a cambio, muy efectiva: con otra pregunta.

—«¿Por qué brilla el sol?»

Mi interlocutor, un hombre leído y orgulloso de sus lecturas, sonrió, carraspeó incómodo, se recolocó innecesariamente las gafas de montura al aire y me respondió que el sol es una estrella, qué duda cabe, y que las estrellas son... en fin... brillantes.

—«Sí —dije yo—, que las estrellas son brillantes está bastante claro, pero, ¿por qué?»

No tuvo más remedio que rendirse. Le expliqué entonces que el brillo del sol se debe a las fusiones nucleares que tienen lugar en su interior, y que el hecho de que algo así no sea vox populi, ni siquiera entre gente más o menos culta, justifica sobradamente todos los esfuerzos por popularizar la ciencia.

Si nos preocupa el desconocimiento general que rodea al saber científico, no debería preocuparnos menos el que existe en torno al lenguaje. Veamos. ¿Por qué llamamos *sol* al sol, y no *mesa* o *coche* o *paraguas*? ¿De dónde salen esas y las demás palabras? ¿Por qué diantres *diantres* está aceptada por la Real Academia Española y *pifostio* no? ¿Estoy escribiendo mal si escribo *pifostio*? ¿Y qué diantres es un *pifostio*?

A todas esas preguntas y a muchísimas otras da respuesta *Anatomía de la lengua*, y lo hace de manera original y divertida. Durante su lectura y después de ella se sorprenderá usted contando a sus amigos anécdotas y chascarrillos sobre el lenguaje. Y, cuando

lo haga, estará aportando su granito de arena a la divulgación de la lingüística.

Dicen los autores de *Anatomía de la lengua* que el lenguaje es un ente vivo y que, por tanto, no debe ser recluido entre los muros del academicismo. Que no existe un «hablar mal», sino tan solo un «hablar distinto». Porque el lenguaje, como el sol, es propiedad de todos. Y, como ocurre con el sol, sin él, ni usted ni yo estaríamos aquí.

Jose A. Pérez Ledo
Columnista, novelista
y divulgador científico

SUMARIO

Lengua, cadáveres y clases de anatomía 11

Capítulo 1: Las gafas de mirar la lengua 15

El observador observado: un recorrido lingüístico por el espacio y el tiempo 17
Anteayer 17
Ayer 22
Hoy 24
Anatomía de la lengua: cabeza, tronco y extremidades 27
¿Norma o descripción? Del escobazo al microscopio 32
¿De dónde nace la norma? 35
¿Son incorrectas las palabras que no están en el diccionario? 36
¿Para qué sirve estudiar la lengua? 38
¿Hacia la anarquía lingüística? 41
¿Es posible otra manera de establecer la norma? 44

Capítulo 2: Un regalo llamado lenguaje 49

Llamadas perdidas, ceda el paso y bandera roja 51
¿Qué tiene de especial el lenguaje humano? 53
Un viaje de vuelta a los orígenes: el nacimiento del lenguaje humano 58
Abejas, delfines y chimpancés parlantes: el lenguaje animal 60
Sobre el arte de complicarse la vida: los pidgins 63
El cerebro es el espejo del alma 65
La escritura como tecnología 68

Capítulo 3: Seis mil lenguas de viaje subjetivo 71

La maldición de Babel: las lenguas como castigo 73
Todas las lenguas del mundo 75
Hágalo usted mismo: invente su propia lengua 76
La tipología lingüística 79
Dirección relativa frente a dirección absoluta 81
Colores 81
Sistemas numéricos 86
Sujeto, verbo y complementos. A vueltas con el orden 88
Lenguas aislantes, aglutinantes y flexivas: leche, ensalada y pan 91
Uno, algunos, muchos 94
Mucho más que masculino y femenino: el género 98
Lo vi con mis propios ojos: evidencialidad 104
El extraño caso de la lengua piraha 106
El mito de las palabras intraducibles 109

Capítulo 4: Un batiburrillo llamado castellano 113

El celta y las lenguas prerromanas 116
El latín 118
El griego 123
El árabe 129
El hebreo 135
Las lenguas amerindias 136
Nuestras hermanas neolatinas: el italiano, el francés y el catalán 139
El euskera 143

Capítulo 5: Ver la lengua crecer 147

La creatividad y la lengua 149
Prefijos, sufijos, raíces: la lengua como Lego® 150
Sufijos: creciendo por la popa 154
Prefijos: creciendo por la proa 157
Todo queda en familia 161
Forasteras: las palabras que vinieron de lejos 168
Acoger al recién llegado: adaptación y descendencia 175
¿Al español le cuestan los extranjerismos? 178
Aterrizajes léxicos 181
Colectivización léxica: la importancia de llamarse Bimbo® 184
El roce hace el cariño: de locución a palabra 186
Composición: de *zampabollos* a *choripán* 188
No literalmente: metáforas, metonimias y nuevos significados 193

Capítulo 6: Ver la lengua morir 199

Cambios léxicos. Cuando lo que cambia es el mundo 201
El diccionario como anticuario 202
De lo palpable a lo simbólico 204
Cambios gramaticales. Cuando lo que cambia es la lengua 206
Evolución fonética: los sonidos de ayer y de hoy 206
El sistema de casos y la declinación 216
El misterioso caso del adverbio *ibi* 219
El futuro: muerte y resurrección de un tiempo verbal 220
La tierra que tiembla bajo nuestros pies: el imperativo 222
¿Se escribe como suena? El seseo o hacia una reforma ortográfica del español 224

Epílogo lampante 231

Retrospectivas, agradecimientos y otras declaraciones de amor 243

Referencias e hilos para seguir 253

En recuerdo de Daniel Cabrera Espinar,
con inmenso cariño y agradecimiento

Lengua, cadáveres y clases de anatomía

Galeno fue un médico griego que vivió en el siglo II d. C. Investigador incansable, contribuyó al conocimiento científico de la época con innumerables descubrimientos anatómicos y fisiológicos sobre el cuerpo humano. Su trabajo fue portentoso y sus descripciones se convirtieron en obras de referencia para la medicina medieval en Europa. No obstante, algunas de sus descripciones no eran exactas y contenían errores. Esos fallos eran más que comprensibles: durante la época romana la disección de cadáveres humanos estaba terminantemente prohibida, por lo que Galeno y los anatomistas de aquel entonces tenían que conformarse con diseccionar cerdos y otros animales, y extrapolar la disposición anatómica que encontraban a la anatomía humana.

En la Europa medieval, la disección de cadáveres humanos sí estaba permitida y formaba parte de la educación de los médicos de las incipientes universidades. El catedrático iba leyendo en voz alta los textos clásicos de Galeno a la vez que se diseccionaba el cuerpo en cuestión. Cuando había un desacuerdo entre la anatomía del cadáver y el texto de Galeno, el catedrático proclamaba con solemnidad: «Se equivoca el cadáver, que no Galeno». Hubo que esperar al siglo XVI para que un joven estudiante, Vesalio, cuestionase el método de estudio de la anatomía humana vigente en aquel momento. Vesalio empezó a diseccionar cadáveres humanos sin tener en cuenta los textos canónicos y elaboró nuevas descripciones basadas exclusivamente en su experiencia. Su tratado de anatomía *De humani corporis fabrica* revolucionó el estudio de la anatomía porque en él anteponía la observación a la veneración por las fuentes clásicas. El Renacimiento

había llegado a la medicina. Vesalio es el humanista que introdujo la aproximación científica al estudio del cuerpo humano y hoy se lo considera uno de los padres de la anatomía moderna.

Esta anécdota de la historia de la medicina resume bastante bien las dificultades que tenemos los humanos para cuestionar nuestras creencias y nuestra fe en las fuentes de autoridad, incluso cuando la realidad nos lleva claramente la contraria. Antes de la llegada de Vesalio, la anatomía consistía en estudiar y corroborar unos textos que, inevitablemente, eran defectuosos e incompletos. En la Edad Media el único objetivo de realizar disecciones humanas era confirmar lo que un señor había dicho 1000 años antes y, si la realidad no lo corroboraba, se desacreditaba la realidad antes que la fuente. La revolución de Vesalio consistió en cuestionar esa aproximación, que defendía que estudiar una disciplina consistía en venerar un texto en vez de observar la realidad.

Aunque en un campo bien distinto, las personas que formamos Molino de Ideas compartimos la visión vesaliana del mundo. En el ámbito de la lengua abundan todavía las posiciones que defienden una aproximación basada en la autoridad y la tradición. Lo preocupante es, además, que esa manera de entender la lengua es la que muchas veces hemos mamado en el colegio y también es la aproximación mayoritaria en la sociedad. Cuando aparecen noticias sobre lengua en los medios de comunicación suele ser para alertar del mal uso que hacemos del idioma, del empobrecimiento galopante del castellano y de lo descuidados que somos como hablantes. Bajo esa noción (que las instituciones que se dedican a la lengua suelen trasmitir y que los medios se apresuran a amplificar) subyace la idea de que la lengua es un bien inmutable creado por la divinidad y que los humanos nos hemos encargado de corromper. En su versión laica, en lugar de ser un regalo divino que hemos roto, a quienes hemos traicionado los hablantes de hoy en día es a nuestros gloriosos antepasados, que sí se expresaban con verdadera corrección y decoro.

La lengua es mucho más que corrección y escobazos en la cabeza. La lengua no es un don divino que hemos pervertido con nuestro uso. La lengua nos pertenece, es nuestra, no nos la ha prestado nadie. La lengua es una creación colectiva que hacemos todos los hablantes, posiblemente una de las obras más democráticas y fascinantes

que hayamos construido los humanos jamás. Y nos la estamos perdiendo. Mientras nos dedicamos a discutir sobre si la palabra *empoderar* es válida o no y a rasgarnos las vestiduras por los anglicismos que entran en la lengua cada día, nos estamos privando del inmenso placer de observar verdaderamente cómo hablamos y de entender por qué hablamos como hablamos. Hay tanta lengua por descubrir y tan disfrutable que no se entiende que la corrección y las posiciones agoreras sean las únicas que copan las conversaciones sobre lengua. Existe una hermosísima lógica que rige el funcionamiento de la lengua y nada tiene que ver con las consideraciones habituales en torno al bien y al mal. Hay lengua mucho más allá de las posiciones habituales que oímos en boca de académicos e instituciones tradicionales. Es más, la lengua más interesante la encontramos lejos de esos ámbitos. No está todo perdido. Las posiciones apocalípticas van siendo propias del pasado, mientras que las aproximaciones más científicas y descriptivas van haciéndose con las riendas del gremio lingüístico; pero aún tenemos mucho trabajo pendiente.

Quienes nos dedicamos a la lingüística necesitamos que estos nuevos planteamientos lleguen al público general: tenemos que recuperar la lengua. En los últimos años, los científicos han hecho un enorme trabajo para acercar la ciencia a la población no especialista y hemos visto magníficas iniciativas para fomentar la divulgación científica: libros, programas de televisión, conferencias, blogs y hasta monólogos. La comunidad científica ha hecho un gran esfuerzo y ha logrado que el placer y la curiosidad que han llevado a los humanos a hacer ciencia no vivan encerrados en los laboratorios y departamentos de prestigiosas universidades. Los que trabajamos en asuntos relacionados con la lengua tenemos en la comunidad científica un magnífico ejemplo de lo que nos queda por hacer.

Llevar la lingüística a la calle es una forma de compartir el disfrute de nuestra disciplina; además tenemos que demostrar que un campo que muchas veces resulta árido y aburrido es, en realidad, comprensible y fascinante para todos. La divulgación lingüística es también la manera de devolverle a la sociedad lo que es suyo, lo que le pertenece, tanto porque la lengua es propiedad de los hablantes, y de nadie más, como porque muchas de las investigaciones en nuestro campo se pagan con dinero público y, por lo tanto, deben

revertir positivamente en la sociedad que, con esfuerzo, las ha hecho posibles. Como investigadores de la lengua, la divulgación no es solo una vocación; debe ser también una obligación moral.

Con *Anatomía de la lengua* queremos recuperar el espíritu de Vesalio para acercarnos a la lengua libres de prejuicios y con espíritu científico. También nos gusta pensar que somos herederos de una larga tradición de gramáticos, lexicógrafos, lingüistas e investigadores que se han aproximado a la lengua con perspectivas distintas entre ellas y también diferentes de las convencionales y de las visiones imperantes de la época. Como algunas de esas perspectivas heterodoxas se han olvidado demasiadas veces, también nos gustaría que este libro sirviera para reivindicar su trabajo.

Pero, por encima de todo, lo que queremos es que la lectura de este libro sea una experiencia colorida, enriquecedora y estimulante, y que dé pie a pensar, a debatir y a observar la lengua a través de cristales distintos a los que estamos acostumbrados. Muchas de las ideas que aquí se expresan no son nuevas: al final del libro hay una bibliografía con las referencias académicas para quien quiera acudir a las fuentes. Para quien quiera seguir buceando en el campo de la divulgación lingüística, también hemos incluido algunas lecturas y enlaces sobre lengua que nos gustan particularmente y que están dirigidos a un público no especialista. Otras muchas cosas que se cuentan en el libro, en cambio, sí son producto de nuestros años de trabajo y reflexión lingüística; estaremos encantados de escuchar vuestras impresiones y opiniones. Nos tenéis a vuestra disposición en anatomía@molinodeideas.es para todo lo que queráis contarnos; somos bastante activos en los cibermundos así que es fácil dar con nosotros.

A pesar de que el libro se divide en seis capítulos convenientemente numerados, su lectura no tiene necesariamente que ser secuencial. Invitamos a los lectores a que opten por el orden que les parezca más apropiado o acorde a sus intereses. Los capítulos son bastante independientes y no es necesario haber leído uno para poder pasar al siguiente.

Que comience la disección.

CAPÍTULO 1

Las gafas de mirar la lengua

El observador observado: un recorrido lingüístico por el espacio y el tiempo

La fascinación por la naturaleza del lenguaje es casi tan antigua como el lenguaje mismo. En distintas épocas y lugares se ha observado la lengua con puntos de vista muy diversos; si nos damos un paseo por la historia vemos que el ángulo desde el que distintas mentalidades se han aproximado al estudio de la lengua está impregnado en cada época del espíritu de su tiempo. Como tantas otras cosas, parece que cuando observamos la lengua inevitablemente lo hacemos a través de las gafas de nuestra cultura.

Anteayer

Panini, además de un tipo de bocadillo y la marca de referencia de los que coleccionábamos cromos en los años noventa, tiene el honor de ser el autor de la primera gramática de la que se tiene constancia, una obra sobre el sánscrito fechada en torno al siglo IV a. C. En aquella época y en la India, el estudio de la lengua estaba íntimamente relacionado con la religión y la interpretación de los textos religiosos. Ese vínculo entre la escritura y lo sagrado casi parece una constante que se repite aquí y allá. Recitar mantras, invocar mediante palabras rituales o acceder a la verdad divina a través de los textos revelados por el dios correspondiente son rasgos que encontramos en muy distintas creencias y que no nos es ajena. La propia

palabra *religión* deriva del latín *relegere,* según nuestro paisano Cicerón, 'volver a leer', aunque, quizá, entendiendo leer en un sentido un poco más amplio y trascendente que el literal.

Mientras que en la India se inclinaban por la aproximación religiosa, en la Antigüedad clásica era la relación entre lengua y filosofía la que más inquietaba a los pensadores grecorromanos, que inauguran la vieja polémica sobre si la lengua es un capacidad innata que traemos de serie (*natura*) o si es una habilidad que aprendemos del entorno (*cultura*). Esa cuestión se ha discutido a lo largo de los siglos y llega hasta nuestros días sin que hayamos dilucido con certeza si predomina la naturaleza o la cultura.

Con la decadencia del Imperio romano, empezaron a perfilarse las variedades regionales del latín en la Europa medieval y, a fuerza de evolucionar, acabaron dando lugar a las lenguas europeas. A nadie le gusta quemar a sus ídolos, así que dejar atrás una lengua de prestigio para abrazar con orgullo la nueva fue una transición delicada. Tras los complejos iniciales de quienes defendían que como en casa en ningún sitio y como el latín ninguna lengua, algunas voces se lanzaron a reivindicar con orgullo las nuevas lenguas vulgares; es el caso del poeta Dante Aligheri, a comienzos del siglo XIV. Con la llegada del Renacimiento, surgieron las primeras gramáticas de las lenguas vulgares; así, en 1492, el mismo año que Cristóbal Colón llega a América, Antonio de Nebrija publicó la primera gramática de la lengua española. Coincidiendo con la expansión del imperio de los Reyes Católicos (hacia el sur, contra los reyes de Granada y lo que quedaba de Al Ándalus; hacia el oeste, en la incipiente colonia americana), la lengua española encontró en aquella primera gramática un sustento descriptivo y unificador. Las gramáticas no solo son obras para eruditos, sino también dignas hijas de los tiempos políticos y sociales que las alumbran.

GRAMMATICA

ANTONII NEBRISSENSIS NVNC DENVO PER

ANNO M. D. L.

Primera gramática del español escrita por Antonio de Nebrija (publicada en 1492) [Biblioteca Gonzalo de Berceo]

A Antonio de Nebrija no le faltaron detractores: quizá el más sonado fue el humanista Juan de Valdés, que lo desacreditaba arguyendo que Nebrija no tenía legitimidad para firmar una gramática del castellano por «hablar y escribir» como un andaluz. El injusto estereotipo sobre el habla de los andaluces lo encontramos ya en el siglo XV. De ese modo Juan de Valdés, entusiasta del habla de Toledo, que defendía como el mejor castellano del reino, inauguró otro clásico de las disputas lingüísticas tan eternas como estériles: dónde se habla mejor español.

A finales del siglo XVI nos encontramos con una de las figuras más atípicas y no suficientemente reivindicadas de la lingüística: Francisco Sánchez de las Brozas, alias el Brocense, un adelantado a su tiempo que propuso una aproximación lógica y sistemática al estudio de la lengua basada en la razón; no solo para describir la lengua castellana, sino para llegar a una gramática general que enunciara reglas válidas para todas las lenguas. Su aproximación ya presagiaba el enfoque que poco después sostendrá la escuela racionalista de Port-Royal en Francia, e incluso la vocación científica y universal que tomarán los estudios de lengua a partir del siglo XX. A pesar de su lucidez visionaria, el Brocense fue más valorado fuera de casa que en España, donde, para más inri, fue perseguido por la Inquisición en otro bochornoso caso de acoso a las mentes más preclaras de nuestra historia. Lo cierto es que el Brocense no es excesivamente conocido fuera del gremio de especialistas de lengua ni ha recibido el reconocimiento que merece.

Con el siglo XVIII y la Ilustración llegó la fundación de la Real Academia Española (RAE) y las primeras obras académicas. El protagonismo histórico del primer diccionario de la RAE y los que lo siguieron ha eclipsado la magnífica producción de diccionarios que tuvo lugar durante aquella época, pero lo cierto es que hubo mucha vida lexicográfica más allá de los muros de la Academia. Los siglos XVIII y XIX están repletos de ilustres gramáticos y lexicógrafos olvidados que nos han dejado obras maravillosas y vidas de película. Aunque se les notan las canas a las suposiciones culturales y políticas que impregnan dichas obras (necesariamente, hijas de su tiempo), es difícil no contagiarse del entusiasmo por la lengua y la sed de conocimiento que transmiten. Manuel de Valbuena es el autor

del tremendo *Diccionario universal latino-español*. Por su parte, Esteban Terreros confeccionó el *Diccionario Castellano con las voces de ciencias y artes*, una extensa obra cuatrilingüe en cuatro tomos de vocabulario científico y técnico.

También destaca Eduardo Benot, matemático, gramático y político progresista comprometido con la protección de los menores y la educación, que firmó su complejo y genuino *Diccionario de ideas afines*. Roque Barcia tuvo una vida digna de novela (lo excomulgaron nada menos que sesenta veces a lo largo de su vida) y además publicó dos interensantísimos diccionarios: un extenso diccionario etimológico y otro de sinónimos, francamente original, casi más un ensayo que un diccionario, en el que glosa las diferencias de significado y uso de palabras sinónimas.

Uno de los diccionarios más personales y revolucionarios del siglo XIX fue el *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, de Ramón Joaquín Domínguez. Sus definiciones no están redactadas con la impersonalidad y la aparente objetividad que se espera de un diccionario, sino que son pura subjetividad y dejan ver abiertamente la sensibilidad política y visiones personales del autor. Su definición de la palabra *despotismo* resulta muy elocuente: «Anómalo e injusto sistema de gobierno, en que los gobernantes ejercen el poder sin sujeción a las leyes, o según les dicta su capricho, desentendiéndose de la razón, de los principios de equidad y justicia y de los sagrados derechos del hombre». Ese diccionario también expresa un rechazo frontal hacia la RAE, una institución a la que despreciaba. La contundencia con la que matiza la definición académica de *amor propio* es ilustrativa: «Amor propio: el amor desordenado con que uno se ama á sí mismo y á sus cosas. (Acad.) Lo que hay aquí de desordenado es la definicion académica; porque no puede ser desordenado ese amor que es al mismo tiempo un precepto de la naturaleza y de la ley de gracia; amarás al prójimo como á tí mismo. El amor natural de nosotros mismos es indispensable hasta para la conservacion de la vida que sin él nos sería indiferente. Así, pues, nos tomamos la libertad de sustituir el epíteto de natural al de desordenado en la censurada definicion, si bien le aceptamos como sinónimo de egoísmo, cuando el amor propio degenera en ese ruin y bajo sentimiento».

Domínguez, que además de con la lexicografía también estaba muy comprometido en lo político, murió a los treinta y siete años al participar en uno de los alzamientos de 1848. El lexicógrafo Manuel Seco lo describe como «el lexicógrafo que murió luchando por sus propias definiciones».

Pero la palma en lo que a vocaciones polifacéticas se refiere se la lleva Felip Monlau: médico, periodista, crítico literario, profesor, lexicógrafo y, además, autor de la primera fotografía de la que se tiene constancia en España. Un humanista en toda regla que también contribuyó a la prolífica actividad lexicográfica del siglo XIX en el ámbito de la lengua española.

El Romanticismo trajo consigo el auge del interés por las identidades nacionales y las raíces culturales de los pueblos. En Europa, sobre todo en Alemania e Inglaterra, surgieron los primeros trabajos de comparación de lenguas, que buscaban establecer posibles paralelismos y parentescos entre ellas. Las observaciones de sir William Jones preludiaron esa nueva rama de la lingüística. A Jones, que era un funcionario inglés destinado en la India, se le ocurrió comparar el vocabulario y la gramática del latín, el griego y el sánscrito, y, al encontrar ciertos paralelismos que se repetían, concluyó que las tres lenguas debían tener un antecedente común, que asumió que tenía que ser el sánscrito por ser el más antiguo de las tres. La conclusión resultó no ser del todo exacta; el sánscrito es, en efecto, la más antigua, pero vendría a ser una prima lejana que vivió hace mucho, no exactamente la madre de todas las lenguas. No obstante, llegar a dicha conclusión llevó a Jones a formular que, de la misma manera que el español y el italiano son lenguas hermanas por tener un antecedente común —el latín—, podía ocurrir que lenguas geográfica y temporalmente alejadas fueran ramas de una misma familia.

Una vez rechazada la teoría del sánscrito como madre primigenia de todo el árbol genealógico, se formuló una nueva hipótesis: que existía una lengua común no documentada más antigua aún que el sánscrito de la que derivaban diversas lenguas, entre ellas el latín, el griego y el sánscrito, que explicaría las semejanzas entre idiomas tan alejados. A ese antecesor común que emparentaba buena parte de las lenguas que van desde la India hasta el Atlántico se lo llamó

Denominación del número siete en diferentes lenguas

protoindoeuropeo. Si bien algunos lingüistas habían apuntado en esta dirección ya en el siglo XVI, la formulación de Jones fue lo que dio el disparo de salida a la fiebre comparativa que se extendió por Europa durante el siglo XIX.

El motor ideológico de William Jones y de algunos de los comparativistas era, en realidad, religioso: suponían que debía de haber existido una única lengua ancestral de origen divino que los humanos habrían corrompido hasta llegar a los idiomas modernos. El fondo ideológico de aquellos eruditos que buscaban descubrir la lengua divina primigenia no está tan lejos de la motivación que llevó a Panini a escribir su gramática: 2300 años después, la noción del lenguaje como un don divino corrompido por los humanos seguía presente.

Ayer

Al calor de la lingüística comparativa del siglo XIX fueron proliferando las aproximaciones más universalistas al lenguaje: lo que se buscaba ya no era solo describir la gramática de una lengua, sino formular leyes generales capaces de recoger los procesos de evolución y parentesco entre lenguas. Ese cambio en la aproximación fue,

entre otras cosas, lo que abonó el terreno para la constitución de la lingüística como disciplina que ansía reflejar el funcionamiento de la lengua a partir de unas leyes comprobables, es decir, como disciplina científica. La puesta de largo de la lingüística como ciencia llegó en 1916 con el estructuralista Ferdinand de Saussure, que expuso, sistematizó y acotó algunos de los métodos y cuestiones que llevaban siglos disueltos en una madeja de discusiones imprecisas.

En España, la lingüística del siglo xx nos dejó un prodigio de la lexicografía: María Moliner. Su *Diccionario de uso del español* (DUE) sigue siendo una referencia irremplazable, tanto para expertos en lengua española como para hablantes no especialistas. Da rabia hablar de lo magnífico que es el DUE, porque a fuerza de repetirlo, la calidad del *María Moliner* es casi un lugar común y parece que nos hayamos vuelto impermeables a las alabanzas. Pero es que el trabajo de Moliner es portentoso por diversos motivos; Moliner confeccionó un diccionario que no caía en las numerosas deficiencias de las que pecaba el diccionario de la RAE. Cada entrada es extremadamente prolija en información, no ya solo en relación con la definición de la palabra (cuidadosamente redactada), sino también en cuanto a sinónimos, palabras relacionadas, ejemplos e, incluso, notas gramaticales y ortográficas. El objetivo del diccionario no era hacer una obra de autoridad, sino plasmar toda la información posible de todas las palabras y recoger el uso real. Con nuestras gafas del hoy y ante el uso prolijo y casi hipertextual de símbolos y notaciones que salpican las entradas, da la sensación de que a doña María se le quedaba pequeño el papel.

Los planteamientos teóricos que guiaron la confección de la obra y que dotan de coherencia interna al diccionario están explicados en el muy disfrutable prólogo de la primera edición. Sus explicaciones lexicográficas transmiten el escrupuloso rigor y la impresionante honradez con que Moliner acometió su tremendo diccionario, al que dedicó quince años de su vida. Lamentablemente, ni el prólogo ni el diccionario originales son accesibles: lo que hoy se vende como *Diccionario María Moliner* es una versión apócrifa y espuria, una refundición que la editorial propietaria de los derechos hizo en su momento a partir de la obra original, pero que nunca llegó a contar con el visto bueno de la autora. Solo son auténticos los ejemplares

de la primera edición del año 1966, hoy una rareza que hay que buscar en librerías de segunda mano.

El *Diccionario de uso del español* de María Moliner es un diccionario multidimensional y una monumental obra ante el que seguiremos quitándonos el sombrero durante muchas generaciones. El ostracismo en el que vivió Moliner y su marginación del mundo académico son motivos añadidos para reivindicar y celebrar a esta mujer. María Moliner no era la mamá que en su tiempo libre redactaba un diccionario mientras remendaba calcetines, como a veces se nos ha vendido. Moliner era una intelectual como la copa de un pino que la sociedad de su época ignoró porque era mujer y de convicciones republicanas. Todavía hoy no hemos rehabilitado como se merece a esta heroína de la lengua, superviviente intelectual de un tiempo que no pudo serle más hostil.

Hoy

Pero si decíamos que Saussure es el padre de la lingüística tal y como hoy la conocemos, el paladín indiscutible de los estudios de lengua del siglo XX es Noam Chomsky. Las teorías de Chomsky se sustentan sobre la idea de que el lenguaje es una capacidad innata del ser humano (recuperando la vieja polémica grecorromana de *natura* versus *cultura*) que incluye en su estado potencial la capacidad de amoldarse a toda la complejidad de rasgos gramaticales que tienen las lenguas humanas. Dicho en cristiano, lo que Chomsky viene a decir es que nacemos con una habilidad lingüística pluripotencial ya en el cerebro y que lo que hacemos cuando somos bebés es adquirir (y ¡ojo!, porque en estos menesteres *adquirir* no es sinónimo de *aprender*) nuestra lengua materna: eso quiere decir que podamos y especializamos la capacidad que traemos de serie —y que nos capacita para adquirir cualquier lengua— hacia las particularidades que tiene el idioma en el que estemos inmersos. Hay un periodo en el que se lleva a cabo la especialización que lleva de la potencialidad total del bebé que aún no habla a la competencia del hablante nativo de una lengua, y una vez pasado ese periodo y adquirida la que será lengua propia, solo podemos intentar aprender otras lenguas;

es decir, ya no partiremos nunca de la potencialidad total que tuvimos, sino de las limitaciones que la especialización ha acarreado.

Quizá un ejemplo simplón pueda ayudarnos a entender mejor este asunto. Vamos a suponer que tenemos un cachorro de perro. Al nacer tiene la habilidad potencial de desarrollar el olfato y la orientación. Mientras es un cachorro, existe la posibilidad de entrenarlo para que se convierta en un perro pastor, un perro guía, un perro policía, un perro de rescate o cualquiera de las labores en las que intervienen perros (aunque sea un poco irreal, vamos a suponer que no existen razas con mayor o menor disposición para algunas tareas y que tiene las posibilidades de optar por cualquiera de estas vías). Es decir, antes de entrenarlo, todas esas vías son posibles porque el perro tiene innata la capacidad potencial de desarrollarlas. Sin embargo, en el momento en el que entrenamos al animal para que sea perro policía, desarrollará unas capacidades concretas (por ejemplo, el olfato) que quizá no desarrollaría tanto si lo hubiéramos entrenado para ser pastor. De igual manera, un perro guía desarrollará unas capacidades de las que carecerá el policía. Es más, probablemente la labor de partida para la que se entrene al cachorro determine la naturalidad con la que pueda pasar a desempeñar otra labor siendo ya adulto; por ejemplo, es probable que una cierta capacidad sea común a diversas tareas perrunas; incluso puede que su entrenamiento determine si podría llegar a ser absolutamente competente en otra labor, tanto como si hubiera sido entrenado para esta desde cachorro. De una manera parecida, los humanos nacemos con la capacidad abstracta y general para el lenguaje, y es el entorno lingüístico que nos rodea durante nuestros primeros años de vida lo que especializa esa capacidad innata hacia las particularidades de un idioma (o idiomas, en el caso de los bilingües y otros suertudos políglotas). Dichas particularidades son las que nos veremos obligados a superar cuando, con mayor o menor éxito, ya de mayores intentemos aprender un

idioma nuevo. Al fin una explicación de por qué se nos resiste tanto el inglés.

La aproximación de Chomsky resultó revolucionaria porque proponía una visión de la adquisición y el funcionamiento del lenguaje muy diferente a lo que hasta entonces se había defendido. Antes del desarrollo de las teorías chomskyanas, el desarrollo de las habilidades lingüísticas humanas se interpretaba como un fenómeno puramente conductista; es decir, los niños adquirían su lengua materna a través de un proceso de imitación, corrección y gratificación no muy distinto a como se entrena una rata de laboratorio para que lleve a cabo una determinada tarea. Lo que Chomsky defiende es que el proceso de adquisición de la lengua no puede explicarse entendiéndolo como un entrenamiento puramente conductual: las habilidades lingüísticas conllevan un grado de sofisticación y abstracción tal que el cerebro debe tenerlas de manera innata. Eso significa que debe existir una gramática abstracta y universal con la que nacemos todos los seres humanos y que nos capacita para adquirir cualquier idioma. Tal gramática universal se especializará hacia una u otra lengua según en qué lengua vivamos inmersos.

La teoría gramatical chomskiana busca proponer una serie de reglas abstractas universales (expresadas mediante una serie de formalismos arbóreos bastante complejos) que serían comunes a todas las lenguas y que estarían en la base de la habilidad lingüística general con la que nacemos y para la que estamos determinados biológicamente. La búsqueda de esa gramática universal con la que todas las personas nacemos y que subyacería a todas las lenguas humanas naturales, por muy diferentes que aparenten ser unas de otras, ha sido y sigue siendo uno de los grandes retos de la lingüística y entronca con las propuestas que en el siglo XVI esbozaba el Brocense.

En todos los aspectos de las propuestas de Chomsky está muy presente —por no decir que es el meollo de toda su teoría— la aproximación cognitiva al lenguaje. Es decir, mientras que los estructuralistas de comienzos del siglo XX (Saussure y compañía) se dedicaban a la disección puramente formal de frases y oraciones, y mientras los conductistas defendían el lenguaje como un comportamiento puramente conductual, Chomsky introdujo la aproximación sobre

la naturaleza mental del lenguaje, según la cual una lengua no es solo un conjunto de textos, oraciones y palabras regidos por una estructura lógica desentrañable; su concepto también descarta que la lengua sea un comportamiento mecánico entrenable, como lo es hacer que una rata repita cierta tarea. Por el contrario, el lenguaje es una capacidad cognitiva de la que la lengua, ya sea escrita o hablada, es una manifestación cuya estructura no puede separarse del proceso mental que la genera.

Las teorías de Chomsky han centrado toda la atención del gremio desde finales del siglo xx hasta hoy, ya sea para corroborar y desarrollar sus ideas, ya sea para rebatirlas. Algunas de sus propuestas han sido duramente criticadas, empezando por el hecho de que no tenemos ninguna prueba que demuestre que el lenguaje es, efectivamente, innato y que está codificado en el ADN humano como lo está tener ojos o respirar; y justo ese es uno de los puntos de partida de sus teorías. Por otro lado, se le ha afeado que toda su teoría gramatical peque de anglocentrista, es decir, que está pensada y estructurada fundamentalmente para el inglés, y que asuma (quizá con demasiada ligereza) que los mismos procedimientos son aplicables, sin más, a otros idiomas. Nos queda por delante un emocionante camino para confirmar o rechazar todas estas teorías y para cosechar nuevos descubrimientos.

Anatomía de la lengua: cabeza, tronco y extremidades

Un señor de setenta y cinco años está en casa con su nieta de diecisiete, que ha venido de visita al pueblo, y están pasando la tarde de cháchara tranquila. A nosotros nos parece que solo están charlando, pero lo cierto es que bajo la apariencia anodina de esa situación, se esconde un profundo y complejo sistema que permite que las dos personas estén tan a gusto hablando.

Si fuéramos extraterrestres que observan la escena, podríamos describir el intercambio entre el señor y su nieta de una manera física: uno de los humanos emite una cadena de sonidos mediante la

vibración de un órgano que tiene alojado en la garganta (las cuerdas vocales); los sonidos salen por su boca, se transmiten por el aire en forma de onda acústica (como todos los sonidos) hasta llegar a las orejas del otro humano; entonces el órgano de Corti, alojado en el cráneo, convierte la onda acústica en impulsos eléctricos, que viajan hasta el cerebro y son descodificadas por el área cerebral correspondiente, que está más o menos a la altura del cogote. Después, cambian los papeles: el que era el receptor es quien ahora emite la onda y el antes emisor es quien la recibe. La rama de la lingüística que estudia la naturaleza de la onda acústica emitida y las posiciones de los distintos órganos involucrados en la producción de la vibración (esto es, cómo vibran las cuerdas vocales, dónde van los dientes, cómo se coloca la lengua, etc.) es la fonética.

Si nos ponemos a escuchar de qué están hablando el abuelo y la nieta, descubriremos que los sonidos al juntarse tienen la propiedad de crear mensajes; de hecho, si cambiamos un sonido por otro, podemos alterar notablemente el mensaje que emitimos. La frase *Me ha dicho tu madre que te espera en la playa* es diferente de *Me ha dicho tu madre que te espera en la plaza*. La diferencia entre las palabras *plaza* y *playa* afecta tan solo a un sonido, pero esa modificación tiene la propiedad de alterar el mensaje emitido. Supongamos ahora que el abuelo tiene dificultades para pronunciar el sonido fuerte de la letra *r* correctamente. No es que pronuncie otra letra, sino que emite una *r* rara. Probablemente, más allá de ser una particularidad en su pronunciación, las palabras seguirán significando lo mismo y no se alterará el mensaje (como sí ocurre cuando se cambia una palabra). De esto es de lo que trata la fonología: de qué sonidos caracterizan una lengua (frente a los que solo son realizaciones o maneras de pronunciar, sin que conlleven cambios).

Al hablar, el mensaje está constituido por palabras, que a su vez pueden estar formadas por elementos más pequeños que relacionan unas partes de la oración con otras; así, encontramos palabras cuya terminación sitúa temporalmente la acción, por ejemplo, la *–í* en los verbos, como en *recogí*; palabras cuya terminación indica cantidad de elementos, como ocurre en los sustantivos en plural, por ejemplo la *–s* de *libros*); palabras con una partícula antepuesta que modifica el significado de la palabra, como hace el prefijo *anti–* en

antitabaco; y así hay un variopinto y extenso etcétera de elementos. De cómo se forman las palabras y cómo se combinan las partículas que las constituyen trata la morfología.

Las palabras no están aisladas, sino que se agrupan para significar cosas y la relación entre ellas determina el significado del mensaje: no es lo mismo que yo me coma una trucha que que una trucha me coma a mí. Podemos incluso tener un mismo conjunto de palabras y construir con ellas estructuras con un significado muy distinto, según cómo relacionemos los elementos: *el plato del día* no es lo mismo que *el día del plato*. Cuando el verbo *hervir* es intransitivo, es decir, cuando no lleva complemento directo, el sujeto es el líquido que hierve: *El agua hierve a cien grados centígrados*; sin embargo, cuando usamos el mismo verbo en una construcción transitiva, como en *Mi padre hierve agua,* el sujeto de la oración es la persona que causa la acción de que el líquido hierva. La sintaxis es la rama que estudia las distintas modalidades en las que se organizan y agrupan las palabras de una oración.

Una vez que tengamos la estructura de los elementos que constituyen las frases de la conversación, necesitaremos saber cómo se relacionan los significados y los matices que aportan al mensaje emitido. Supongamos que el abuelo está contando batallitas de juventud: si le cuenta a su nieta cómo corría delante de los grises durante el franquismo, ese los *grises* es una manera de denominar a un elemento (en este caso, la *policía*) a través del color de su uniforme. O si el abuelo dice *estoy oyendo a tu hermano mugir por el pasillo*, hay una implicación subliminal y maliciosa que implica que el abuelo le atribuye, de alguna manera, las características de la vaca a su nieto. El significado literal de una frase no siempre expresa lo que el hablante tiene en mente. La semántica analiza la creación de significados y busca las relaciones entre ellos, así como las connotaciones expresadas por los hablantes.

La morfología, la sintaxis y la semántica se ocupan de asuntos muy distintos, pero al estudiar la estructura de las palabras y las oraciones es fácil acabar mezclándolas para justificar un determinado análisis. Es necesario separarlas y tener en cuenta que la morfología se encarga de las normas para construir palabras, la sintaxis de las reglas para construir oraciones y la semántica de las reglas

de asignación de significados. Si bien estos tres procesos están íntimamente relacionados, es necesario distinguir las palabras u oraciones que están morfológica o sintácticamente mal formadas de las que están bien formadas pero no existen o no tienen sentido en una lengua. Cuando aquí hablamos de estructuras bien y mal formadas no nos referimos a que sean correctas o incorrectas en términos normativos o académicos, sino a que están formadas de acuerdo a la lógica interna de la lengua; volveremos sobre ello más adelante.

Una palabra puede estar bien formada morfológicamente pero no tener un significado asociado y, por lo tanto, no se utilizará, pero no por ello deja de estar bien construida; tampoco hay nada que impida que en cualquier momento se le asigne un significado y pase a ser una palabra más. Los criterios por los que a unas palabras se les asigna un significado y a otras no son difíciles de establecer. De hecho, las palabras pueden perder el significado a lo largo de los años. Por ejemplo, la hipotética palabra *imbello* (como antónimo de la palabra *bello*) no existe, quizá porque ya tenemos la palabra *feo*; sin embargo, la existencia de la palabra *barbilampiño* no impide que también exista *imberbe*. En cualquier caso, a pesar de no tener un significado asociado, *imbello* es una palabra morfológicamente tan bien formada como lo es la palabra *imberbe*. Otro asunto es que a esa bien formada palabra le asignemos un significado y empecemos a usarla. Son las reglas morfológicas y no las semánticas las que hacen que la palabra esté bien construida.

De igual modo, decir que *desdormir* es agramatical porque el acto de deshacer el sueño no tiene sentido sería como decir que la oración *Los seres humanos ponen huevos* es agramatical. Una cosa es la manera en que las frases y oraciones están construidas, otra muy distinta es lo que las palabras y las oraciones significan, y si lo expresado por las palabras tiene correspondencia en el mundo real. Desde el punto de vista semántico, en nuestro mundo no tiene sentido un verbo para deshacer el acto de dormir, porque dormir es una acción irreversible, y tampoco tiene sentido que los humanos pongan huevos porque no es así como se reproducen, pero de lo que se ocupa la gramática es de marcar las reglas para construir palabras y frases correctas desde el punto de vista del sistema de la lengua, no del sistema del mundo. En nuestro sistema del mundo no tiene sentido

que los humanos pongan huevos, pero todos entendemos que la extrañeza que produce esa frase no se debe a motivos lingüísticos sino a su incongruencia respecto a la realidad que conocemos. De hecho, podríamos imaginar contextos en los que esa frase tuviera sentido: una novela de ciencia-ficción o una película de los Monty Python, entre otras. Por lo tanto, no debemos olvidar que tanto la morfología como la sintaxis son disciplinas que estudian la lógica interna de la lengua.

En cierto modo, las facetas de producción del mensaje lingüístico que acabamos de ver —fonética, fonología, morfología, sintaxis y semántica— abarcan desde la generación de la onda sonora hasta la creación de significado. Estas áreas constituyen el meollo fundamental de la lingüística, los aspectos de teoría pura y dura. Pero hay vida más allá de la teoría. Volvamos a la aparentemente anodina situación comunicativa del abuelo y la nieta. La situación se presta a ser fotografiada desde varios ángulos que atañen a otras áreas de conocimiento. Podríamos analizar el discurso de cada uno de los interlocutores a la caza y captura de rasgos jugosos para estudiar. El abuelo es bastante guasón y tiende a verbalizar lo contrario de lo que quiere decir; su nieta sabe que hay que conocerlo para entenderlo. La correcta interpretación del mensaje poniendo el significado en contexto situacional es el campo de estudio de la pragmática. La pragmática es la que nos permite interpretar correctamente el significado de un cartel que rece *Niños gratis* en el escaparate de una agencia de viajes: no es que regalen niños en esa oficina, sino que hay ofertas de viajes familiares y otros paquetes vacacionales en los que los niños menores de cierta edad no pagan.

También podemos analizar, por ejemplo, por qué al abuelo lo desconcierta un poco que su nieta diga que *Esa película lo está petando*. El abuelo no tiene muy claro que es eso de *petar*, pero sospecha que no debe ser muy diferente del *dabuten* de sus hijos al que ya tuvo que acostumbrarse en los años ochenta. De igual manera, a la nieta le resultan entrañables las expresiones que solo oye decir a su abuelo; de las expresiones propias de un grupo social o de una zona se ocupan la sociolingüística y la dialectología, respectivamente. Si el abuelo tuviera alguna forma de demencia o deterioro cognitivo propio de la edad, sería interesante para el diagnóstico observar si

existe alguna alteración, tanto en la pronunciación o en la escritura como en el contenido del mensaje emitido; a esos asuntos se dedica la neurolingüística. Y si por la casa anduviera zascandileando el nieto pequeño de la tribu familiar, los balbuceos infantiles que anuncian que el bebé está empezando a hablar harían las delicias de cualquier psicolingüista.

La lengua es una criatura compleja que se resiste a ser dividida en la triada tradicional de cabeza, tronco y extremidades, y eso que los tentáculos que hemos visto son solo algunos de los muchos que tiene. Resulta excesivamente simplista reducir esta capacidad humana tan variable, tan rica y tan hipnóticamente compleja en compartimentos estancos. Son tantas las variables que intervienen en la comunicación lingüística y tantas las disciplinas que se topan con el lenguaje en sus investigaciones que necesariamente la única perspectiva posible para retratar de manera fidedigna a esta hermosa criatura es asumir que no existe una perspectiva única.

¿Norma o descripción? Del escobazo al microscopio

Si oímos a alguien decir que *En la cola del pan había un señor detrás mío*, es posible que a más de uno le falte tiempo para precisar que la expresión *detrás mío* es incorrecta porque tiene que ser *detrás de mí*. Tenemos bien interiorizada la noción de que hay algunas maneras correctas de expresarse, frente a otras malignas que dañan nuestra lengua y que deben ser extirpadas sin miramientos. No hay de qué extrañarse: a fin de cuentas, que hay usos buenos y malos fue lo que nos enseñaron en clase de lengua a golpe de reglas de ortografía y gramática con la insistencia de la gota malaya. ¿Y acaso no es así? ¿Acaso no hay algo nocivo y perverso en *detrás mío*? ¿No resulta abominable oír *tú contestastes que no*? ¿No os sangran los ojos al leer *habíamos tres*? En realidad, no hay nada intrínsecamente malo en decir *detrás mío* o *contestastes*. Simplemente, tenemos una norma más o menos compartida que dicta que vamos a decir *detrás de mí* y *contestaste*. Pero bien podría haberse dado el caso de que los

hablantes hubiéramos acordado optar por formas que hoy se consideran incorrectas y que esas fueran ahora las válidas.

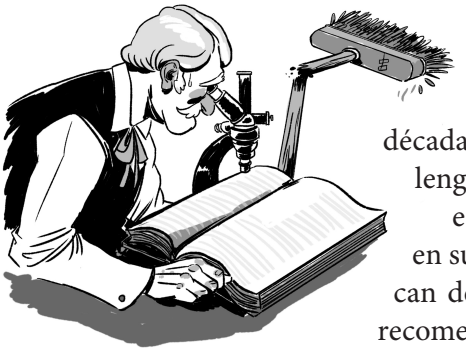
A raíz de esas dos posibles posturas (la que distingue entre bien y mal, y la que considera que hay varios usos, unos con prestigio social y otros sin él pero todos válidos), se distinguen dos aproximaciones a la lengua. Por un lado, están quienes defienden que existen unas maneras de expresarse correctas, que son aquellas que siguen las normas recogidas en las obras consideradas canónicas para estos menesteres (en el caso del español, serían las gramáticas y los diccionarios de la RAE, por ejemplo). Esa aproximación es la normativista o prescriptivista, porque entiende que existe un uso bueno de la lengua que consiste en respetar aquellas normas impuestas por cierta élite académica que se considera la autoridad lingüística. Las personas normativistas son aquellas a quienes les sangran los ojos ante un *detrás mío*. Para los normativistas, la lengua es algo que se construye de arriba hacia abajo: unas élites, unas instituciones o unas personas tienen el poder de dictaminar cómo se ha de hablar o cuáles son los cánones que hay que seguir (alta literatura, y otros textos formales y respetables); y los diccionarios y gramáticas bajan esas reglas al común de los mortales cual Moisés bajando con las Tablas de la Ley. Para los normativistas, quienes incumplen la norma académica están en pecado mortal porque «eso no se dice así y está mal». Esta aproximación es la que hemos mamado desde el colegio y, por lo general, la hemos asumido sin más cuestionamientos. Sin embargo, cabe preguntarse quién dictamina esas normas y con qué criterio. A fin de cuentas, ¿las estructuras que encontramos recogidas en la norma no fueron *outsiders* alguna vez antes de entrar? ¿La gramática que hoy consideramos válida qué es si no los usos *punkys* de ayer? En último término, ¿no es el castellano un latín mal hablado y degenerado?

Existe otra aproximación que entiende que la lengua se construye desde abajo hacia arriba; es decir, son los hablantes quienes crean la lengua (generando palabras y estructuras gramaticales) y el estudioso *simplemente* debe describir cómo se expresan los hablantes, todos ellos: el premio Nobel de literatura y el señor que apenas sabe escribir; luego tendrá que caracterizar los usos que observa por regiones, rangos de edad, estrato sociocultural, etc. En esta aproximación,

el estudioso también puede dar cuenta de que determinados usos cuentan con prestigio social mientras que otros están mal vistos, pero no entrará jamás en consideraciones morales al respecto. Esta aproximación que describe la lengua sin entrar a juzgar si hay usos mejores o peores es el descriptivismo. Para el descriptivista, decir que un hablante habla mal sería como si un biólogo se quejara en plena disección de que la rana está mal hecha porque lo que ve no se corresponde con lo que describe su libro de anatomía. Donde el normativista saca el boli rojo y tacha sin contemplaciones un *detrás mío,* el descriptivista toma nota del giro para afirmar que se trata de un uso que se observa sobre todo en el lenguaje hablado, probablemente debido a un paralelismo con otras formas correctas como *al lado mío*.

La aproximación descriptivista ha sido comparada en muchas ocasiones con el trabajo del geólogo que se dedica a la ciencia que explica la formación y naturaleza de las rocas; de todas por igual. En nuestra cultura hay minerales que tienen un valor social particular, como el diamante. Pero la geología atiende tanto a las rocas como a las formaciones geológicas, estudia tanto las propiedades de las piedras preciosas como de los pedruscos anodinos. Las consideraciones culturales o las preferencias personales del geólogo no tienen cabida en el estudio científico de las rocas. De igual modo, los juicios sobre el bien, el mal y las fobias personales ante determinadas formas de hablar no forman parte del estudio científico y descriptivo de la lengua.

Tradicionalmente, los estudios de lengua han sido normativistas y han hecho hincapié en lo que se puede y no se puede decir de acuerdo con los criterios establecidos por una autoridad determinada (y siempre cuestionable). Sin embargo, en las últimas décadas las disciplinas que estudian el lenguaje han ido convirtiéndose en estudios cada vez más científicos en sus métodos, de manera que buscan describir y sistematizar más que recomendar cómo se debe hablar. Los



lingüistas han cambiado la escoba de atizar en la cabeza a los hablantes por el microscopio y el cuaderno de campo. Lejos de ser flor de un día o un reducto minoritario de guerrilleros anarquistas haciendo la guerra por su cuenta, y aunque sigan existiendo las instituciones que hacen la norma (en español, antes la Real Academia y ahora la Asociación de Academias, en francés, la Académie française, etc.), los estudiosos de la lengua ya no buscan decir cómo hablar bien, sino entender bien cómo hablamos. En el siglo xx, la lingüística se ha convertido, por fin, en geología.

¿De dónde nace la norma?

La tradición normativa que hemos heredado tiene un origen ideológico difícil de obviar: el de considerar que la lengua válida que sirve de modelo unificador es aquella hablada por las élites (o bien aquella seleccionada por esas mismas élites como válida). Quienes confeccionaban gramáticas normativas lo hacían escogiendo como canon lingüístico el habla de las clases favorecidas. Pero rompamos una lanza en favor de la tradición normativista: es cierto que hay un sesgo ideológico de partida (el de creer que mejor es como hablan las clases ricas), pero también es cierto que durante mucho tiempo, la producción lingüística que un estudioso de la lengua podía usar como material sobre el que formular reglas gramaticales era la lengua escrita. Es decir, que la norma se basaba en los textos publicados; textos que en su mayoría han sido producidos a lo largo de la historia por quienes tenían acceso a la educación y a la escritura, y, por lo tanto, por quienes pertenecían a una clase social privilegiada. Así se ha creado un círculo vicioso: las gramáticas se confeccionaban cogiendo como ejemplos de lengua real los textos publicados, pero las personas que tenían posibilidad de publicar y dejar testimonio escrito habitualmente pertenecían a un grupo social privilegiado, ya que ni la educación ni los productos editoriales han sido accesibles para todos, y este círculo ha sesgado toda la observación.

Sin embargo, eso ya no es un escollo insalvable. Los lingüistas que documentan lenguas, elaboran gramáticas y confeccionan diccionа-

rios tienen hoy a su disposición las herramientas y las fuentes para poder manejar grandes cantidades de textos de diversa índole: obras literarias, artículos de blogs y de periódicos, mensajes de texto, comentarios en la web y un largo etcétera muy variado tanto en género como en cuanto al perfil sociocultural del hablante. Todo ese material permite observar cómo se usa la lengua en contextos reales de la manera más fidedigna posible y reducir los sesgos sociales que conllevaba describir una lengua partiendo solo de ejemplos literarios.

¿Son incorrectas las palabras que no están en el diccionario?

Algo parecido a los juicios gramaticales sobre el bien y el mal ocurre con las palabras nuevas. Tantos años de veneración del papel y de la autoridad lingüística han hecho mella en los hablantes y, de alguna manera, nos da cierto pudor usar palabras que el diccionario no recoge, como si fueran menos válidas o menos legítimas, como si estuvieran... mal. Pero las palabras que no aparecen en los diccionarios son tan correctas como las que lucen palmito.

Esta cita del investigador López Facal cuando le preguntaron si al usar una palabra no recogida en el *Diccionario de la lengua española* estábamos hablando en castellano incorrecto resulta tranquilizadora:

> Si alguien va por el campo, ve una hierba, consulta un libro de botánica y no viene, no se le ocurre decir que esa hierba no existe, sino que esa hierba no está en su libro de botánica. Nadie puede decir a un hispanoparlante «esta palabra no existe». Se puede decir que no está en el diccionario... pero la culpa no la tengo yo por usar la palabra sino el diccionario por no reflejar bien el léxico. Mucha gente cree que el diccionario de la RAE es como los mandamientos de la ley mosaica y que si los incumples vas al infierno.
>
> «La Real Academia sigue haciendo un diccionario arcaico, como del siglo XVIII», entrevista a Javier López Facal en *El País* del 4 de marzo de 2011